

Geografía mágica

Ana Cristina Herreros

Ilustraciones de Carlos Arrojo

Las Tres Edades Ediciones Siruela

Islas que no paran

Hubo también islas que emergían y se sumergían a capricho. Islas inquietas que aparecen y desaparecen y que, cuando uno desembarcaba en su superficie, podían hundirse dejando convertido en ancho mar lo que antes parecía tierra. Islas que no eran de tierra sino de inquieto animal.

La isla ballena

Hubo un tiempo en que no toda la tierra era firme. Había islas que se movían. Aunque quizá fuese una sola que parecía muchas porque un día estaba aquí y otro allá. Como se movía, no era fácil colocarla en el mapa. Algunos la han visto en Finisterre, los más en el archipiélago de las Canarias, donde se la dibujó en los mapas hasta el siglo XVII. La isla ballena la llamaban, porque en realidad no era un pedazo de tierra sino un animal con corazón y pulmones que se quedaba quieto en el mar para descansar y era confundido con tierra firme. Todos coinciden en su forma: tiene dos prominencias en los dos extremos de la isla, como la cola y la cabeza del enorme pez. Siempre se la avista tras nubes espesas o una cortina de niebla que la oculta. Finísimas gotas de agua que parecen lanzadas desde uno de los extremos de la isla la ocultan de casi todo el mundo. Después, cuando uno consigue verla y se aproxima a ella, vislumbra un territorio pelado, sin árboles ni vegetación, quieto hasta que alguien se le sube encima, oficia la misa de Pascua, y, como si esto fuese poco, intenta encender fuego para asar el cordero pascual con unas tablas traídas del barco. Pero la ballena, bestezuela del Señor, se amansa con los cánticos de las oraciones de los santos y espera a que

embarquen para sumergirse en el mar, o los conduce hacia tierra más firme. Esto fue lo que contó san Brandán (a quien también llaman san Borondón), un monje irlandés del siglo VI que se la encontró y lo contó en el diario de a bordo que escribió para relatar su viaje. O san Macutes, un gallego hijo de pescadores que se construyó una barca para salir a predicar por el tenebroso y desconocido océano Atlántico y la avistó próxima a Finisterre en un tiempo en que los mapas del mundo siempre cambiaban de forma porque había mucho por descubrir.